

# HERALDO DE MURCIA

AÑO V

DIARIO INDEPENDIENTE

NUM. 1334

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península UNA PESETA al mes.  
Extranjero 7'50 PESETAS trimestres.  
Comunicados á precios convencionales.

Redacción y talleres: S. Lorenzo, 18

SABADO 9 DE AGOSTO DE 1902

## PRECIOS DE LOS ANUNCIOS

En segunda plana. . . . . 00'50 pesetas línea  
En tercera. . . . . 00'10 id. id.  
En cuarta. . . . . 00'05 id. id.

Administración: Saavedra Fajardo, 15.

# JOEGOS FLORALES EN CARTAGENA

La animación que se notaba en el Teatro-Circo, antes de comenzar el acto, era extraordinaria; muchísimas personas que deseaban escuchar la elocuente palabra del Sr. Unamuno, han visto defraudados sus deseos ante la imposibilidad de obtener localidades.

El Teatro-Circo ofrece un aspecto deslumbrador: los palcos y plateas están adornados con banderas y flores de guirnalda caprichosamente colocadas; hay también rodeando las plateas y palcos colgaduras con las iniciales del círculo del Ateneo, organizador del certamen.

Lo más importante y saliente de cuanto Cartagena encierra, está reunido en la sala del Teatro-Circo; contribuyendo mucho al esplendor del acto la presencia de muchas mujeres hermosas lujosamente ataviadas: el cuadro que presenta la sala es verdaderamente deslumbrador.

A las diez y media, comenzó el acto con la lectura por parte del secretario del jurado calificador de los Juegos florales, de un correcto y elevado discurso, que fué premiado al terminar, con una prolongada salva de aplausos.

La presencia de la reina de la fiesta y del mantenedor Sr. Unamuno, es acogida con grandes aplausos. La reina de la fiesta, la bellísima señorita Angeles Clemensot y Palma, luce un precioso traje blanco brocado, adornado con algunas flores, que realzan la hermosura y gentileza de la reina de la fiesta floral.

La corte de amor, compuesta por las bellísimas y elegantes señoritas Elena la Rocha, María Sauvalle, Luisa Ripoll, Julia Cándido, Amparo Guzmán, Antonia Angosto, María Rolandi y Agustina Montegrifo, es asimismo hermosa, y vestida con tanta galanura como poesía.

Proclamado el poeta que ha obtenido la flor natural y que resultó ser don Plácido de Langle, elocuente abogado de Almería, éste, precedido de maceros y de la junta organizadora del acto, acompañó del brazo á la reina de la fiesta para que ocupe su sitial, seguida de su corte de amor. A los acordes de la Marcha Real se sienta la reina en su soberbio trono, mientras el público la tributa entusiasta ovación.

El poeta premiado con la flor natural, lee su hermoa composición cuyo lema es «Amor, alma del mundo!» escuchando al terminar la lectura de su composición una ovación tan delirante como simpática. Con aplausos é idénticas manifestaciones de entusiasmo son recibidas las lecturas de las demás composiciones premiadas, tributándoseles muy señaladas ovaciones á varios obreros cuyos trabajos han sido premiados muy en justicia.

El Presidente del Ateneo D. Leopoldo Cándido pronunció breves frases, agradeciendo la asistencia de la culta Cartagena á tan progresivo acto. Saludó á la reina de la fiesta con frases tan galanas como sentidas y termina diciendo: que sabios como el Sr. Unamuno, salvarán nuestra alma en duda.

Al levantarse á hablar el ilustre mantenedor el público le saludó con aplausos, cesando éstos en seguida y produciéndose un religioso silencio en la sala; tanta era la ansiedad por escuchar al sabio rector de la Universidad de Salamanca.

## DISCURSO DE UNAMUNO

SEÑORAS Y SEÑORES:

Es lo primero rendir gracias á los que me habéis brindado con nueva coynstura, y tal como es ésta, de demostrar á público español la vena de mis pensamientos, poniéndolos así á prueba.

Gusto aún más de estos festejos desde que sobre ellos ha caído algo de la destimada que suele aquí caer sobre todo aquello que ha perdido el hechizo de su novedad; reducidos á hábito nos atraen con fuerza á los que tiramos á

hacer nuevo el sol de cada día y de la vida una creación continua.

Me habéis llamado á una ciudad á la que poco más que de nombre conocía hasta hace poco, con la que no me ataba hasta hoy, lazo especial alguno y es que no me habéis llamado á mí, sino á las tendencias—pues no me atrevo á darles el nombre de ideales—que me empujan y avivan, á los anhelos de un español que entre vueltas, tumbos, arredros, esguinces y rodeos, busca, con otros, luz de nuevos senderos para su patria.

Tengo á la vez por seguro que esta vuestra llamada quiere decir que estímais han de robustecerse estas fiestas con preocupaciones de algún peso, con las inquietudes que mueven ó pueden mover al alma nacional, que si son justas literarias, no se contras la literatura á sólo vaga amenidad, sino que ha de ser espejo del alma toda, retratando sus más entrañados desasosiegos. Por haberlo así entendido metisteis en vuestro cartel puntos de largo alcance social. Me imagino venir más que á distraerme en un juego, á celebrar un oficio de culto patriótico.

Es, además, faltar de balde al pueblo que concurre á estos certámenes el suponer que le enojen ó censuren las pláticas graves, como se hace bien poco honor á la mujer en estimar que su presencia aquí pide mayor frivolidad y fuegos de artificio, como si lo dicho para hombres no puedan oírlo, entenderlo y aquilatarlo ellas. ¡Triste condición la del fetiche! ¡Desgraciada postura la del ídolo fijo al altar y en él preso, al que se sahuma con el barato incienso de fáciles galanterías, más para tenerle sometido á los caprichos del interesado y arbitrario orador! Y con él se hace lo que en no pocos lugares con la imagen milagrera á que se pide algo; si no se pliega á la rogativa ¡al pozo con ella! Quiero hablar, pues, para varones y mujeres, para hombres, dando á esta palabra el ancho sentido en que abarca á unos y otras.

Y ahora ¿qué os digo? Al mandarme acudir á vuestro llamamiento, empujábame mi ánimo, á encajar en este acto alguno de los cuidados de orden ideal enseñoreadores por ahora de mi mente, sin azorarme por eso que las gentes de mundo llaman oportunidad, que lo es nada más que pasajera. A lo que está de Dios quiero estar siempre, sin doblegarme á lo que pasa y no queda. A Cartagena? me pregunté, y el sólo nombre de vuestra ciudad me sirvió ya de asidero. Para remacharlo y redondearlo me moví á oírlo que de vuestra población nos cuentan las historias.

Porque ella atrae á la memoria al pueblo que según los más avisados revolvedores de cosas viejas bautizó á nuestra patria. Pues dicen que España, nombre con que los cartagineses dejaron á los romanos nuestra península, vale en la lengua fenicia tanto como Isla del Tesoro, siendo este tesoro los criaderos minerales del subsuelo de la tierra española, de esta comarca muy especial, una de las primeras en que echaron pie aquellos navegantes que con el trueque de productos de la tierra y de la industria derramaban el comercio de ideas: la cultura. Esta ciudad evoca el recuerdo de las primeras invasiones históricas en España; colonia acaso griega, fenicia tal vez, fué primero; Cartaginense después, asiento de aquellos marineros semitas que pusieron el arte militar al servicio de los intereses mercaderes.

Aquí, en España, se desarrolló la lucha entre Cartago y Roma por el aduenamiento del mar Mediterráneo de una parte, de nuestras riquezas minerales de otra. España fué el principal tablado de aquel drama. Seguido de españoles, más fieles y más duros que los nómadas, cruzó Anibal el Pirineo y los Alpes para ir á endeblecerse de ánimo en las blanduras de Capua. Rifieron por este mar, golosina de pueblos domeña-

dos sucesivamente por tantos de ellos.

Lo sabéis bien, pues han pisado nuestros umbrales fenicios, vándalos, romanos, bizantinos, moros, aragoneses y catalanes con Jaime, castellanos con Fernando el Santo, ingleses con Drake. Estas cosas presenciaron, el Sol que hace de las aguas, el choque de dos civilizaciones y al apoderarse Escipión de esta vuestra ciudad quedaron de hecho desterrados los cartagineses de España, subyugados nosotros al poderío romano y encarrilada desde entonces nuestra historia.

¡La historia! Pocas memorias más engañadoras que ella! Llevamos remachado en la retentiva un contorno geográfico de España; á algunos metros que el ras del mar bajase cambiaría ese contorno hasta llegar á hacérsenos irrecognocible. Así nos ocurre con la fisonomía histórica de un pueblo. Si el nivel del olvido fuese bajando hasta dejar á descubiertos terrenos hoy por él tapados, cambiaría la composición que de la historia europea nos forjamos. Es mucho más lo que vive y alienta bajo las crónicas, en la hononada de los hechos eternos, que cuanto ha quedado impreso en el tablero registrador de los sucesos temporales. Los franceses de hoy son los galos que describieron Tito Livio y César, los alemanes, los germanos de Tácito, nosotros somos los iberos con su desconcierto y su cantonalismo, de que ésta región dió no há mucho típica muestra; los sucesivos acarrees de pueblos no han hecho más que dejar un ligero casco de sobrohoz levadiza. Gato y figura hasta la sepultura.

Fuimos romanizados á pesar de Indibil, Mandonio, Viriato y Numancia; lo más y lo mejor de á nuestra llevamos debémosselo á Roma, latina es antes que nada nuestra cultura, pero ni le somos deudores á Roma de las entrañas de nuestro espíritu ni es de creer que hayamos aún convertido en carne y sangre propias esa cultura insana de que estamos revestidos. Acaso para civilizarnos reprimió y comprimió Roma muchos de nuestros más radicales instintos; la corriente histórica no corre siempre pareja con la soto histórica como no siempre sigue el río que á luz se tiende el rumbo mismo de las aguas soterráneas; hay fallas. Páreceme nuestra historia un sueño, un secular engaño, sin más que algún que otro momento de afloración de honduras, pareceme un combate del alma española con su estrella. Es muy profundo símbolo el de aquel Sigmund lo que arrancó Calderón de los entresijos de su alma española, tan profundo como D. Quijote, su hermano. Llevamos á cuestas la pesadumbre de una cultura ni adentrada ni apropiada aún.

Derecho, lengua y religión, las tres potencias del alma popular, son en nosotros romanos, pero escarbando pudieran ser sintiéseis latir y aun resollar bajo ellas las almas más ó menos reprimidas de los derechos, las lenguas y las religiones nativas de nuestro pueblo.

Las mismas diferencias históricas que nos separan, herencia de las que separaban, á las tribus ibéricas, cubren unidad de fondo, una raigambre común que por el tronco nacional viene á formar con sus varias ramas comunidad de copa que al mismo sol verdece su follaje; la unión que nos corona y calma arranca de mucho más abajo de lo que se cree, y en todo caso una convivencia secular, bajo educación latina, nos ha aunado á todos, soldando aquel revoltijo de gentes.

El meritísimo investigador de nuestras costumbres de derecho, D. Joaquín Costa, se engolosinó y preparó su labor escudriñando nuestras antigüedades prerromanas. Las partidas fueron obra de cultura, es verdad, pero obra de desespañolación á la par. Ellos, los romanos, nos trajeron la concepción jurídica que de la propiedad abrigan los pueblos acaparadores de tierra, los de los hilos y mojonos, tan distinta de la concepción de los pueblos de pastores pe-

regrios, como de la concepción de los mercaderes que peregrinan por el mar; acaso ellos borraron de nuestro país algo al modo de la redistribución del jubileo sabático, de que quedan aún rastros en nuestra patria.

Vengamos á la lengua. Lengua latina es hoy el más apretado escudo de unidad nacional; en ella pueden y deben encarnar nuestros espíritus. Latino es también el catalán, hermano del castellano, latino y español. Verlaguer ha sido un genio de urdimbre íntimamente española, en puro catalán, español y en puro español, universal; Camoens, que escribía como su lengua la castellana, pertenece á la raza común ibérica.

Mas el latinismo de la lengua española es lo corpóreo de ella y aún siendo de pura cepa latina, cierto comenar por distinguirse parece arrastrar á no pocos escritores, aún sin ellos percatarse, á anteponer el caudal alledaño de los libros latinos, las voces que de estos sacaron para meterlas en nuestra lengua; cuando ya ésta estaba madura, los calonges ó prestes sabidores de la fábula de Tulis á Marón, prefiriéndolas á la vieja herencia popular, al tondo romaneado y entrañado, españolizado, en siglos de empleo diario, al que desde los soldados romanos que nos dieron su lenguaje vino haciéndonos propio al rodar de boca en oído y de oído en boca. Y así construyen un desabrido idioma escolástico, oratorio y libresco, que rehuye, por instinto, de toda expresión que chorree vida arrancada al tráfago de los quehaceres de cada día. Contra un rebuscamiento hay como remedio otro; pues tal es la ley del vaivén. Bajo la lengua oficial; urbana y parlamentaria, la de la prensa y la escuela; verbenea en los campos otra, aún no se ha acabado de remejer y cuajar en masa vivo los dialectos populares y campesinos del romance castellano. De latín el degerido, no el indigesto!

Mas es á la literatura á donde hay que ir á gustar el espíritu de nuestra habla, nuestro lenguaje interior. De muy antiguo nuestros ingenios vistieron de latin sus ideas, más siempre guardando su manera privativa y propia. Séneca y Lucano primero, Prudencio después destacáanse con sello propio en la literatura latina; tienen ya el estilo, ora hinchado, ora sentencioso, el estilo profético que ha de señalar á nuestras letras. Hevan semilla los vicios de estas, vicios á la vez arranque de sus virtudes. Es su expresión apasionada, intemperante, violenta y excesiva, pasando de la elipsis á la redundancia, quebrándose á ratos de sutil, oratoria y basta reclamatoria á cada paso, nada oracional.

Nunca fuimos de corazón clásicos, románticos siempre, y hasta atropelladores de esa quisquosa que por ahí fuera denominan buen gusto y que es su gusto, el de ellos.

Tan trastocado anda el juicio que se llama castizos á clásicos nuestros que tuviron de castizo poco influidos ya por latinos, ya por italianos, ya por franceses. A nombre de latinismo se nos predica claridad y parsimonia, armonía y medida, y esa claridad es la claridad francesa, que se logra cerrando los ojos al misterio, y esa armonía es la armonía italiana de vuelosas cadencias tronadorescas. Se nos dice que debemos podar nuestra lengua literaria y poética como si se tratase de criar en huerta árboles frutales y no de dejar que crezcan bravios en el soto árboles de follaje que den frescor de sombra y espesura en que cuelguen sus nidos los ruiseñores que enjaulados mueren.

El conceptismo que apunta en Séneca, el gongorismo que asoma en Lucano y el realismo truculento de Prudencio, hermano del realismo escultórico de los Cristos descoyuntados y sanguinolentos y de las Dolorosas con lágrimas, fueron y son rechazos natura-

les de un espíritu apretado por una estética arrimadiza y de pegadura. Las épocas de imitación han sido las más baldías de nuestra literatura, aquellas en que menos nos hemos asimilado lo ajeno. Imitación sólo dió algo de castizo y de genuino la de los arrebatados acentos del profetismo hebraico; semítico, de la austera voz del desierto. No la imitación, la comparación es la que rinde fruto.

Y ahora parad por un momento en la religión, que es la única filosofía de veras popular, donde mejor se revela el natural todo de un pueblo. Triste cosa es, en verdad que se hable hoy aquí tanto y tan á tontas y á locas de eso que llaman cuestión religiosa, y que no lo es, sino político eclesiástico, tanto de parte de una facción como de parte de la contraria. Debajo de ella hay para muchas almas de españoles y puede y debe haberla para las más de ellas á poco que se les hurgue y zarandee los hondones, una verdadera cuestión religiosa: la inquietud de como han de comulgar con su Dios y descubrirlo.

Dios es uno, pero se aparece bajo distintas apariciones á cada pueblo y acaso al nuestro se lo tienen velado bajo espesos cortinones. Se nos ha pegado ese maridage de Evangelio galileo y de derecho romano en que aquél se nos oscurece y enturbia, ese funesto arreglo entre el sermón de la montaña y las doce tablas. Y así se ahogan ó se contrahacen las ansias radicales del pueblo.

Bajo el feticheismo y la superstición populares de nuestros campos, como bajo el feticheismo y superstición arábigos en tiempos de Mahoma, alienta un soplo religioso y de religión no estética sino de visión y sentimientos ardientes y ahincados, de la tragedia de la vida, de la vida que es sueño, un soplo de sabiduría salomónica, del Eclesiastés, y con ella un cierto culto á la muerte vivificadora, culto que despuntaba ya en estoicismo seneciano. El sentimiento de la nadería de todo lo temporal ante lo eterno dá á nuestro pueblo una entereza que le abroquela contra los combates de la vida. Con ocasión de nuestros recientes desastres se ha ponderado por ahí fuera, allende el Pirineo y no sin cierto dejo irónico, la filosofía de nuestro pueblo. No comprenden bien la reposada sumisión al Destino, que es nuestra mayor fuerza de aguante. Esta resignación, que no es modorra á poco que el progreso nos aguijonee, puede pasar de ser una rémora á ser un regulador del acicate. El meollo de la lección del vanidad de vanidades, que tan á pecho tomamos, nos ha de ayudar al mejor cultivo de esa misma vanidad imprescindible; á soñar bien la vida pasajera.

¡Lejos de nosotros torpes pujos de desquite! Sin volver la vista atrás ni acongojarnos por lo irremediable avancemos mano á la manera, tranquilos y armados para el Destino justiciero. No guardemos rencor alguno al instrumento de que se valió recientemente la eterna justicia para aleccionarnos con castigo duro.

(Se continuará).

Al terminar de leer su discurso el Sr. Unamuno, estalla una tempestad de aplausos y aclamaciones. El orador ha sido felicitudísimo. A la una y media de la madrugada ha terminado el acto que ha resultado solemnísimo. Sobre todo el elocuentísimo y profundo discurso del Sr. Unamuno, es objeto de entusiastas comentarios.

El Corresponsa

Cartagena 8 Agosto 1902.